



El *Almacén*
UNA HISTORIA ERÓTICA

NINA KLEIN

EL ALMACÉN
UNA HISTORIA ERÓTICA

NINA KLEIN

© 2020, Nina Klein

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

ÍNDICE

Aviso importante

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Acerca de la autora

Otras historias de Nina Klein

AVISO IMPORTANTE

Atención: esta es una historia con escenas de sexo explícito, apta solo para un público adulto.
Solo para mayores de 18 años.

UNO

LISA

—**E**olócame esto ahí —dice el tipo al pie de la escalera, con un tono desagradable, ni un por favor ni un gracias ni nada.

La verdad, no sé quién se cree que es. Porque necesito el dinero, si no verdes las iban a segar.

El tipo es el encargado de la tienda donde me explotan a diario. Estamos en el almacén, él dándome órdenes mientras yo coloco cajas subida a una escalera con riesgo para mi vida.

Si no tuviese la mala costumbre de comer todos los días y pagar el alquiler, allí iba a estar, en aquel trabajo de dependienta, explotada y mal pagada, aguantando al imbécil del encargado.

Pero bueno, algo es algo. No hay tantos trabajos como para poder elegir.

Cojo la caja que me tiende el encargado. Pesa un montón, lo cual es normal, porque está llena de paquetes de café en grano.

Me pongo de puntillas en la escalera plegable —que además cojea—, con peligro para mi vida, para intentar alcanzar la última balda.

Cuando coloco la última caja de cartón —y sin haber muerto: milagro— miro hacia abajo desde lo alto de la escalera, y me doy cuenta de que el tipo está mirando debajo de mi falda, con una sonrisilla en la cara que me dan ganas de borrarle a manotazos.

No sé qué puede estar mirando, la verdad, teniendo en cuenta que llevo unas medias negras tan opacas como *leggings*, pero bueno: cada uno se entretiene como puede.

Supongo que tengo suerte de que el tipo no se esté manoseando la entrepierna mientras mira, o que no haya aprovechado para sacar una foto con el móvil.

Baboso.

—¿Algo más? —ladro, y el tipo se sobresalta, como si no esperase que le fuese a pillar mirando.

Echa un vistazo rápido a las baldas del almacén. La de arriba está completamente llena, y además ya no hay nada más que colocar.

—No, nada más —suspira, resignándose a que me baje de la escalera y que su espectáculo haya terminado. Aunque, como digo, no sé qué demonios pretende ver...

Me bajo de la escalera con cuidado de no matarme. En el último peldaño me resbalo un poco y el tipo me pone una mano en la cintura para estabilizarme.

Me giro como un rayo.

—Como vuelvas a ponerme la mano encima, te la corto.

Me refiero a la mano, pero el tipo se encoge como si hubiese amenazado otro apéndice de su

cuerpo.

Que también, por qué no, qué demonios.

CUANDO SALIMOS del almacén nos topamos de frente con mi compañero de trabajo, que está cortando el paso hacia la tienda como si fuese una muralla, los brazos cruzados, el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —pregunta, señalando la puerta del almacén con un gesto de la cabeza.

Aunque sé que su enfado se dirige al imbécil del encargado, me encojo un poco, porque la verdad es que su presencia impone bastante.

Cuando digo lo de muralla, lo digo en serio: 1,90 metros de estatura, ancho de espaldas, unos brazos más gruesos que mis muslos, cintura estrecha... de hecho, era absurdo que estuviese yo colocando cajas en el almacén, cuando seguramente Jon no necesitaba ni escalera.

Jon es el nombre de mi compañero de trabajo.

Y está mosqueado esperándonos fuera del almacén porque sabe de los trucos del encargado para ponerme la mano encima, del sutil acoso al que me somete día sí y día también, y está esperando una excusa para romperle los dientes de arriba y los de abajo.

Esto no es que me lo esté inventando o lo haya adivinado: me lo dijo un día el mismo Jon, específicamente.

El encargado mira hacia arriba y juro que casi se le puede oír tragar saliva.

—Nada, nada —dice, levantando las palmas de las manos para aplacar al gigante.

Por fin Jon desvía hacia mí sus ojos azules que me atraviesan como rayos láser.

—Nada, solo que me he tropezado bajando de la escalera, eso es todo —digo, y parece relajarse con la explicación.

—La próxima vez —mira al encargado, muy serio— que necesites subir algo al almacén, me llamas a mí —dice, y se señala a sí mismo con el pulgar—. ¿Entendido?

—Sí sí, no hay problema —responde el encargado, y solo entonces Jon se mueve ligeramente y deja de bloquear el paso. El tipo aprovecha el espacio para salir corriendo, escurriéndose por las esquinas como la rata que es.

Jon sigue mirándome, frunciendo el ceño.

—¿Estás segura de que no ha pasado nada?

Me encojo de hombros y le cuento todo el asunto paso por paso.

—Después de mis amenazas y tu actitud —digo, sonriendo— va a pasar mucho tiempo antes de que ni siquiera se le ocurra volver a intentar propasarse...

Menos mal que hasta entonces nunca había pasado de *intento*: le había pillado mirándome el escote, el culo, las piernas, hace un momento por debajo de mi falda... Tampoco podía hacer nada, como no fuese ir a trabajar con un burka, porque siempre encontraba un sitio adonde mirar, así que había decidido pasar de él y que no me condicionase a la hora de vestirme para ir a trabajar.

Aparte de eso, también había intentando entrar en el baño unas cuantas veces mientras yo estaba dentro, poniendo la excusa de que no sabía que estaba ocupado. Menos mal que la puerta tenía pestillo.

Y luego estaba el rozarse conmigo en espacios estrechos, que era algo que hacía constantemente.

Baboso.

—Tienes que dejarme que le diga algo —dice Jon, serio.

—No —hemos tenido la misma discusión un montón de veces—. Tú necesitas este trabajo, y yo necesito este trabajo. En serio que no ha pasado nada, son solo las tonterías de siempre. Además —flexiono el bíceps para intentar sacar bola—, es un microscópico insecto, estoy segura de que puedo con él...

La verdad es que el encargado es un tipo escuchimizado y tirillas: le saco media cabeza y estoy segura de que peso por lo menos diez kilos más que él.

Consigo sacarle una sonrisa a Jon y es como si de repente se iluminara un árbol de Navidad, mi mañana de lunes y todo mi interior.

—Vale, pero no te voy a quitar ojo de encima —me dice.

Me acerco a él y le doy un par de palmaditas en el pecho. Dios, lo tiene duro como el acero.

—Ya sabes que viniendo de ti no me importa —le digo, medio en broma medio en serio.

Luego me alejo por el pasillo, sonriendo.

* * *

DOS

Jon y yo somos dos de los tres empleados de la tienda. La tercera empleada es Maggie, una mujer de cincuenta y tres años que siempre llega tarde, sulfurada y contándonos unas historias de sus hijos adolescentes que hacen que nos revolquemos por el suelo de risa.

Aunque ella no se ríe, claro.

La tienda tiene un nombre pretencioso, “Hasta el último grano” (*puaj*) y es propiedad de un hipster que tiene dos o tres tiendas más por toda la ciudad donde vende café en grano, de *lujo*, diferentes variedades. La tienda va genial, vendemos un montón de café, y a nosotros nos paga una miseria a la hora. Además de nosotros tres también está el encargado, que aparte de baboso es un completo inútil —sospechamos que está enchufado— y ya está.

SALGO al frontal de la tienda y en el mostrador está Maggie, agobiada porque se le han acumulado los clientes mientras estábamos en el almacén perdiendo el tiempo. Me pongo a ayudarla rápidamente, cobrando compras y empaquetando cafés para regalo: sí, el café que vendemos es tan caro y pijo que la gente lo usa para regalar.

—¿Dónde está Roger? —le pregunto en voz baja mientras le doy las vueltas a un cliente.

Roger es el encargado baboso y tirillas.

—Se ha ido a tomar café.

Los descansos que se toma el tipo para ir a tomar café son legendarios. Lo hemos calculado, y apenas pasa en la tienda la mitad de su jornada de trabajo. Que por otra parte es una bendición. A veces se va a media tarde y ya no vuelve en todo el día.

El paraíso.

Enseguida aparece Jon y abre su caja registradora para aliviar la cola. Todas las mujeres que estaban en nuestras colas se cambian a su caja en masa, como moscas a la miel.

Elevo los ojos al cielo mientras Maggie se ríe disimuladamente. Siempre hemos sospechado que la mitad de los clientes de la tienda —todas las mujeres, y también algunos hombres— van solo para admirar a Jon.

LA TIENDA se vacía de clientes y aprovechamos para descansar un poco, aprovechando que no está Roger. Jon me mira y sé que tiene ganas de seguir dándole vueltas al tema de antes, pero la verdad, yo no, así que me apresuro a preguntarle a Maggie por sus hijos, para llenar el silencio y

que Jon no tenga oportunidad de seguir revolviendo el tema. Maggie suspira y se lanza a contar una de sus historias, esta vez sobre su hijo mayor, que se pasa el día enganchado a la consola, sin moverse.

Lo único bueno de la tienda, y la verdad, una de las pocas razones por la que todavía aguanto ahí, es la gente con la que trabajo —quitando al encargado, claro—. Somos como una mini familia, explotada y mal pagada, pero familia al fin y al cabo. Teniendo en cuenta que nos pasamos casi todo el día metidos en la tienda, pasamos más tiempo juntos que con nuestra propia familia y amigos.

Cuando uno de nosotros tiene un problema, los demás intentan ayudarlo, o por lo menos prestar un hombro en el que llorar.

Otra razón para no odiar del todo el trabajo es que tener a Jon alrededor es un lujo para la vista, aparte de ser divertido y pasarse el día contando chistes malísimos.

—¿Qué tal va la búsqueda de piso? —le pregunta Maggie, y eso hace que Jon no pueda lanzarse a recitar lo que le gustaría a hacerle a Roger por mirarme el escote constantemente.

—Fatal. Fatal. Todo lo que veo es carísimo, un zulo o las dos cosas a la vez. No he encontrado ni una habitación decente. Como tenga que estar mucho más tiempo viviendo con mis amigos, me voy a pegar un tiro.

Jon se había separado de su novia-de-siempre hacía ya casi un mes, y desde que había dejado el piso que compartían malvivía durmiendo en el sofá de sus amigos de la universidad, que seguían viviendo como si aquello fuese un piso de estudiantes, todo el día pidiendo pizzas y jugando a la consola.

Jon cierra el cajón de la caja registradora con fuerza.

—Como tenga que volver a recordarle a alguien que el baño no se limpia solo...

Me da la risa, no puedo evitarlo. Era horrible ponerse a buscar piso de alquiler, o peor aún, habitación microscópica de alquiler, que era lo único que nos podíamos permitir con aquel sueldo.

Yo también había roto con mi novio hacía unos meses, pero nunca habíamos llegado a vivir juntos, así que por lo menos no había tenido que mudarme.

—Siempre puedes irte a vivir con Lisa —dice Maggie, toda inocente, haciendo como que coloca los cafés que están en el mostrador, al lado de las cajas.

Jon me mira, sonriendo ligeramente, y me pongo roja como un tomate.

—¡Maggie! Ya sabes que yo vivo en una habitación individual enana.

—Bueno, pero donde cabe uno caben dos, ¿no? —dice mientras me mira de reojo, intentando disimular sus verdaderas intenciones.

Sé lo que está haciendo. Maggie llevaba intentando que me juntase con Jon desde que habíamos empezado a trabajar en la tienda, aunque entonces los dos estábamos emparejados.

Le daba igual. En su cabeza, éramos la pareja ideal y teníamos que acabar juntos sí o sí, como si aquello fuese una mala comedia romántica o algo.

A ver, no es que yo no lo haya pensado. Lo he pensado.

Lo he pensado, lo he imaginado, he soñado y he fantaseado con ello más veces de las que son normales o saludables.

Pero eso no quiere decir que vaya a hacer nada al respecto.

No tenía ganas de complicarme la vida en ese momento, la verdad. Y eso es lo que era Jon: una complicación ambulante de 1,90 de alto. Demasiado atractivo, demasiado encantador, demasiado todo.

Liarme con él solo podía conducir al desastre y a dramas varios. Estaba mejor así, disfrutando

de su presencia ocho horas al día, alegrándome aquel trabajo horroroso.

* * *

TRES

— ¡O s importa que me acerque un rato a ver un piso aquí al lado? —dice Jon—. Se acaba de quedar libre y los de la inmobiliaria solo pueden enseñármelo ahora... me acaban de mandar un mensaje. Como no me mueva rápido me lo quitan.

—Ni te preocupes —digo—. Roger no creo que vuelva ya, y si viene ya nos inventaremos algo... vete tranquilo.

En cuanto la puerta de la tienda se cierra detrás de Jon, Maggie se abalanza sobre mí.

—Lo que me gustaría saber es... Jon lleva soltero un mes y cuatro días, y tú ni sé el tiempo... ¿Qué haces que no estás ya liada con él?

La miro con ojos como platos, porque hasta entonces había sido bastante sutil. Parecía que se le había acabado la paciencia.

—¿Pero tú le has visto, Lisa? —sigue diciendo—. ¿Le has visto bien? Podría ser mi hijo, pero eso no quiere decir que no tenga ojos en la cara... va a durar soltero cinco minutos, te lo digo yo. Antes he visto como dos clientas le pasaban su teléfono. Y eso solo hoy, en un rato.

Sí, le había visto y le llevaba viendo desde que había entrado a trabajar en la tienda... ni sé las veces que he dado mal el cambio a algún cliente porque estaba distraída mirándole. Una vez tuve que poner un montón de dinero de mi bolsillo porque no me cuadraba la caja al final del día.

Suspiro.

—No es tan fácil, Maggie... ¿qué hago? ¿Le digo que si quiere ir a tomar algo, o qué? ¿Y si dice que no? ¿Y si nos liamos y luego sale mal? Tenemos que seguir trabajando en el mismo sitio...

—¿Decirle si quiere “ir a tomar algo”? —Maggie mueve la cabeza a uno y otro lado, como si fuera un caso perdido—. Madre mía, porque tengo dos hijos, un marido y no tengo veinte años menos, que si no... no se iba a escapar vivo.

—¿Y qué voy a hacer? —pregunto, exasperada.

—¿Como que qué vas a hacer?—. Me mira con disgusto, como pensando: *millennials*—. Lánzate encima de él. Tíratelo.

Miro a Maggie, 53 años, vestida con un pantalón negro de rayas y una blusa blanca, el pelo a lo casco, dos hijos adolescentes, casada desde hace 25 años, como si de repente si le hubiesen crecido dos cabezas.

—¿Perdón?

Eleva los ojos al cielo, bufando.

—Lánzate, abalánzate encima de él... ¿qué puede pasar?

—¿Que qué puede pasar? ¿Qué puede pasar? —lo repito dos veces porque estoy atónita—. Para empezar, que me rechaze. Que me diga que no.

—¿Y?

—¿Cómo que y?

Me pregunto si estoy en una realidad alternativa.

—¿Y qué pasa si te dice que no? Por lo menos te quitas las dudas... ¿Y si te dice que sí?

No quería pensar en lo que podía pasar si me decía que sí, porque me acaloraba de repente y empezaba a picarme la piel de todo el cuerpo.

—¿Además, cómo te va a decir que no? —sigue diciendo Maggie—. Por dios Lisa, si hay una tensión sexual en la tienda que dentro de poco van a empezar a tostarse los granos de café solos... —mueve la cabeza a uno y otro lado.

No puede seguir hablando del tema porque enseguida entran más clientes y estamos ocupadas hasta que vuelve a aparecer Jon, un rato después.

—¿Qué tal? —pregunto.

Me mira con cara de desesperación.

—No podía ponerme de pie. En ningún lugar del piso. Que no era un piso, era un armario con baño. Estoy seguro de que antes era un trastero.

—¿Tenía ventanas? —pregunta Maggie.

—Una. En el techo—. Se agacha para dejar detrás del mostrador una bolsa que traía en la mano—. Ahora que lo pienso, con la ventana abierta igual sí podía ponerme de pie... sacando la cabeza por la ventana.

Me da la risa floja, aunque es un drama, la verdad.

—Total, que me toca seguir durmiendo en un sofá que huele a calcetines —concluye Jon, resignado.

Maggie empieza a hacerme gestos con la cabeza y a abrir mucho los ojos y, la verdad, no tengo ni idea de qué me quiere decir. ¿Qué le diga algo? ¿Que me lo lleve a mi cutre habitación enana de alquiler, que no tiene calefacción y hace un frío que pela? Aunque la verdad, teniendo a Jon, no me harían falta estufas... me doy aire con la mano. ¡Basta!

Menos mal que en ese momento entran más clientes y volvemos a estar ocupados.

* * *

CUATRO

La tarde avanza sin que Roger el encargado haga acto de presencia. A estas alturas suponemos que ya no va a volver. La verdad es que para lo que hace, mejor: así estamos más relajados y a nuestro aire.

Aunque “relajados” no es la palabra: a un par de horas de cerrar, cuando la gente sale del trabajo, la tienda se llena y estamos los tres cobrando y atendiendo sin poder parar un minuto ni a respirar.

Parece mentira que la tienda tenga tanto éxito, la verdad. Quién iba a decir que podía haber tanta gente interesada en café pijo y en toda la parafernalia que lo rodeaba: filtros, molinillos, etc.

Por el rabillo del ojo veo que Jon ha salido de detrás de la caja para atender a una clienta. Le está explicando no sé qué sobre el tueste.

No puedo quitarle los ojos de encima: lleva una camiseta negra con el logotipo de la tienda en el pecho, que se le ajusta en la zona de los brazos y el pecho y le queda suelta en la zona de los abdominales... parece que le han hecho la camiseta a medida. Luego los vaqueros, oscuros, que también parecen hechos a medida...

Veó cómo la clienta señala hacia arriba. Jon estira el brazo para coger un paquete de café de la balda superior, y con el movimiento se le levanta la camiseta, dejando a la vista un momento parte de sus abdominales. Se oye un sonido colectivo, todas las mujeres de la tienda conteniendo la respiración a la vez. Jon coge el paquete, perdemos de vista sus abdominales, y le sonrío a la mujer que le ha pedido el café, que ahora parece a punto de desmayarse.

—¿Es este el café que quería? —le pregunta a la clienta, sin dejar de sonreír.

—S-sí —responde ella, y traga saliva.

No me extraña. Yo he visto la escena de lejos y estoy toda roja y sudorosa, si hubiese estado en primera fila me habría caído al suelo directamente.

—Aquí faltan cincuenta centavos —dice un voz masculina, impaciente, frente a mí.

Me giro para mirar al cliente que, con la palma extendida frente a mí llena de monedas, me mira con cara de pocos amigos.

Joder, otra vez.

—Perdone —digo, rápidamente, y saco otra moneda de cincuenta y la pongo en la palma de su mano, junto con las otras.

Así no se puede trabajar, yo solo digo eso. Demasiadas distracciones. El cliente sale de la tienda farfullando, y aprovecho para darme aire con uno de nuestros folletos.

Veó que Maggie está haciendo lo mismo.

Repito: así no se puede trabajar, no señor.

—Dios, todavía tengo que pasar por el súper y comprar *blablabla* porque quiero hacer de cena *blablabla*...

Maggie empieza a repasar su lista de cosas por hacer a toda velocidad mientras se abalanza sobre su caja para empezar a cuadrarla.

Es hora de cerrar, así que voy hasta la puerta de entrada y le doy la vuelta al cartel de “abierto/cerrado”. Luego cierro la puerta con llave para que no se pueda abrir desde fuera.

Justo en ese momento un hombre de mediana edad, con bolsas en la mano, llama a la puerta al otro lado del cristal. Miro mi reloj de pulsera: las ocho y tres minutos. Niego con la cabeza mientras señalo mi reloj, y vocalizo “cerrado”. El señor se va bufando calle adelante.

Supuestamente nuestro contrato es solo hasta las ocho de la tarde. Pero primero, no podíamos cerrar la puerta hasta esa hora, así que si entraba alguien a las ocho menos dos minutos a por un paquete de café (o incluso una cafetera francesa o molinillo, que también vendíamos) y se enrollaba, teníamos que quedarnos hasta que se iba.

Y segundo, también teníamos que hacer las cajas, colocar un poco antes de irnos, cerrar, etc.

Así que al final nunca salíamos antes de las ocho y media, y muchas veces nos daban casi las nueve.

Cuando me doy la vuelta, Maggie tiene ya su caja abierta y está contando monedas a toda pastilla.

—Vete en cuanto acabes de hacer tu caja—le dice Jon a Maggie—. Total, nosotros no tenemos prisa ni nada que hacer—. Me mira, por si acaso tengo planes y me los ha chafado sin querer—. No te importa, ¿no?

Niego con la cabeza.

—En absoluto.

A Jon y a mí no nos importa cerrar y recoger a diario, y así se lo hemos dicho a Maggie un montón de veces. Al fin y al cabo, nosotros no tenemos que estar en ninguna parte ni hacerle la cena a nadie. Sobre todo ahora que estamos los dos solteros.

Solteros y, en el caso de Jon, sin visos de que esa situación vaya a cambiar. Como suele decir, “no me voy a llevar a una cita a mi sofá alquilado”.

Triste pero cierto.

UNOS MINUTOS después Maggie cierra de golpe el cajón de la caja registradora, coge el bolso que tiene debajo del mostrador y se despide corriendo, como siempre:

—Me voy corriendo que tengo que hacer la cena —dice, desapareciendo por la puerta casi antes de terminar la frase.

Vuelvo a cerrar la puerta detrás de ella. Sigo con mi caja registradora, contando monedas, con Jon en la suya, y pasan unos minutos sin que ninguno de los dos hable.

Por fin termino, y milagrosamente esta vez mi caja cuadra y no tengo que poner nada de mi dinero.

Me doy cuenta de que Jon ha estado esperando a que acabase con la caja para hablar, para no desconcentrarme.

—¿Sabes que esto no puede seguir así, verdad?

Suspiro y me giro para mirarle. Está parado al lado de la caja registradora, los brazos cruzados, el ceño fruncido.

No hace falta que me diga a qué se refiere. Sé perfectamente que está hablando sobre el baboso del encargado. Lleva conteniéndose desde lo del almacén, pero ahora que estamos solos

supongo que ya no puedo retrasar el tema más tiempo.

—No es para tanto, Jon. Puedo controlarle, llevo haciéndolo desde hace meses, desde que empecé a trabajar aquí. Y además, ya te he dicho que puedo con él, en caso de que vaya a más.

—Es que no deberías tener que controlarle. Estás trabajando: no tienes que aguantar ni un comentario ni una mirada guarra ni un roce, Lisa.

Pierdo un poco la paciencia y elevo ligeramente la voz.

—¿Y qué quieres que haga, Jon? Ya le he dejado claro un montón de veces que sus avances no son bienvenidos, y le da igual. ¿Le rompo los dientes y espero a que me eche? Es un trabajo de mierda, pero es un trabajo de mierda que me hace falta para comer.

Más que enfadada estoy desesperada y cansada, y se me nota en la voz. Para mi sorpresa, Jon sonrío ligeramente.

—Se me ha ocurrido una idea—. Coge la bolsa de papel que tiene debajo del mostrador, la que traía en la mano cuando vino de ver el piso. Luego enciende las luces de la trastienda y apaga las generales de la tienda, para que la gente no piense que todavía seguimos abiertos—. Sígueme.

* * *

CINCO

Le sigo hasta el almacén, intrigada. Allí coge la bolsa y la vacía encima de una mesa plegable que hay en una esquina.

Lo único que veo son unos cacharritos negros, pequeños, como de un centímetro. Hay como media docena.

—¿Qué es eso?

—Cámaras. Bueno, microcámaras, más bien... las he comprado en la tienda de la esquina.

Le miro, perpleja.

—¿Para qué son?

—Para ponerlas aquí en el almacén. Había pensado en poner también en la tienda, pero hay clientes y podemos meternos en un lío con la privacidad si colocamos cámaras sin permiso del dueño... así que al final he pensado que mejor ponerlas solo aquí.

Estoy intrigada, así que le dejo que siga hablando.

—Así la siguiente vez que el baboso del encargado intente algo, se queda grabado. También graban audio. Luego se lo enseñamos, le decimos que si no te deja en paz o si te echa como represalia las utilizamos en su contra, y listo.

—¿Chantaje?

—No es chantaje. Es un seguro, en caso de que vuelva a molestarte.

Hum. Me quedo pensando un momento. Pienso que aquello parece sacado de una película, y que a lo mejor es pasarse. Pero también pienso que no es mala idea del todo.

Cuantas más vueltas le doy, menos mala idea me parece.

—¿No es mala idea, verdad? —pregunta Jon, leyéndome el pensamiento, o quizás leyendo la expresión de mi cara, que es como un libro abierto.

Suspiro y me paso la mano por el pelo.

—¿Cómo hemos llegado a esto, Jon? —digo, con tono derrotado—. ¿Cámaras en el almacén? ¿En serio?

—No tenemos la culpa de que la gente sea despreciable. ¿Qué otra cosa puedes hacer? ¿Aguantar sobeteos hasta que encuentres otro trabajo? ¿Y cuánto tiempo va a ser eso?

Joder, lo peor es que tiene razón. Miro las cámaras encima de la mesa, con el ceño fruncido.

—¿Y cómo funcionan?

Jon sonrío, porque sabe que me ha convencido.

—Es muy fácil, ya verás.

SÍ QUE ES FÁCIL. Jon me explica lo mismo que le han explicado a él en la tienda: las cámaras se

manejan desde una *app* que se instala en el móvil —no necesitan mando a distancia—, pueden estar grabando todo el tiempo o podemos activarlas cuando Roger el encargado decida que “necesita que coloque algo en el almacén”. Tampoco tienen una luz roja que delate que estén grabando, y son tan pequeñas que pueden camuflarse en cualquier lado. Tienen una especie de pegatina en la parte de atrás para sujetarlas a superficies diversas. Las cosas que inventan.

—Dame la escalera —dice Jon.

La cojo de donde la he dejado antes plegada, detrás de la puerta. Miro intrigada cómo Jon va colocando primero una cámara, luego otra y después otra —cuatro en total, para cubrir todos los ángulos del almacén— en sitios ocultos como en lo alto de la estantería, entre dos cajas, etc.

—¿Se ven desde ahí abajo? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

Jon se baja de la escalera y abre el móvil.

—Vamos a ver...

La pantalla del móvil aparece dividida en cuadro partes, cada una con una imagen diferente del almacén.

—Muévete por el almacén, a ver si cubre todo —dice.

Empiezo a andar de un lado a otro del almacén, agitando los brazos sobre mi cabeza, sintiéndome un poco idiota.

—¿Crees que esto valdrá para algo?

Se encoge de hombros.

—Nosotros le damos a grabar cuando Roger te traiga al almacén, y la siguiente vez que se propase será la última.— Jon extiende su mano—. Déjame tu móvil, te voy a instalar la *app* a ti también. Las cámaras van por *bluetooth*, por cierto, así que no lo desconectes.

Saco el móvil del bolsillo trasero de mis vaqueros y se lo tiendo a Jon.

Le veo trastear con él, la cabeza agachada, un mechón de pelo oscuro cayéndole sobre la frente, y no puedo evitar preguntar:

—¿Por qué estás haciendo esto?

Es increíble las molestias que se está tomando, incluso comprando cámaras y poniéndolas, solo para librarme del acoso del encargado.

Somos amigos, pero no tanto. ¿O sí?

Lo único que sé es que nadie ha hecho nunca nada ni parecido por mí. De hecho, cuando salía con mi novio ya trabajaba en la tienda, y cuando intentaba hablar del asunto del encargado me cortada diciendo que estaba todo en mi cabeza. Que era una exagerada. Que seguro que no era para tanto.

Jon levanta la vista de mi móvil.

—Porque no aguanto al imbécil del encargado, es un baboso y alguien tiene que pararle —me mira intensamente, como debatiendo si seguir hablando o no—. Y porque no soporto que te ponga la mano encima.

Trago saliva. Sigue mirándome a los ojos, sin decir nada.

Hay un silencio tal que podría oírse el ruido de un alfiler cayéndose, en caso de que se cayese un alfiler en ese momento.

Apoya mi móvil encima de la mesa plegable, junto al suyo y las cámaras que han sobrado.

—Yo no soy como él, Lisa —dice con voz ronca.

Frunzo el ceño, confundida.

—Ya lo sé.

—Yo no soy como él —repite, y no entiendo lo que quiere decir.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, confusa.

—Que vas a tener que venir tú aquí —dice, señalando el suelo debajo de sus pies.

Trago saliva de nuevo. *Oh dios oh dios oh dios*, ¿qué está diciendo? ¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

No soy muy buena cogiendo señales ni indirectas —ni directas—, tengo que decirlo.

Entonces sonrío, con una de sus sonrisas lentas, y el estómago se me dobla en cuatro partes.

No soy muy buena cogiendo las señales, decía, pero la curiosidad puede conmigo, así que me acerco lentamente. El almacén tampoco es tan grande, así que en tres pasos estoy frente a él, sin saber qué hacer.

Levanto la vista para mirarle a los ojos. La diferencia de altura es tanta que me va a entrar tortícolis.

Entonces me pone la mano en la nuca, baja la cabeza y posa los labios sobre los míos, suavemente, solo rozándome... en el fondo de mi mente me doy cuenta de que lo hace para que me dé tiempo a rechazarle, si quiero, pero no pienso moverme ni un milímetro.

Oh dios, ¿me está besando me está besando me está besando!

En mi interior grito como si fuera una quinceañera.

En mi exterior cierro los ojos y ladeo la cabeza, entreabriendo los labios. Jon me pasa la lengua por ellos y luego entra en mi boca, suavemente, acariciando la mía.

Se me empiezan a doblar las rodillas y tengo que agarrarme a sus hombros para no caerme.

* * *

SEIS

El beso acaba y abro los ojos, sin saber si ha pasado un minuto o una hora.

La tensión a la que se refería Maggie estalla entre nosotros, como si fueran fuegos artificiales, y nos miramos sorprendidos, respirando con dificultad.

—Joder —dice Jon. Yo no digo nada, pero estoy pensando lo mismo. Ha sido el mejor beso de mi vida, y probablemente el mejor beso del mundo mundial.

Quiero repetirlo. Quiero repetirlo mucho.

Me muerdo el labio inferior. Jon baja la mirada hasta mi boca, y se le oscurecen los ojos de deseo.

La tensión entre nosotros es tan densa que se puede cortar con un cuchillo.

—No tenemos mucho tiempo —dice con voz grave, ronca de deseo—. Se supone que deberíamos haber cerrado la tienda ya...

Me encojo de hombros.

—El cartel de cerrado está puesto, la puerta cerrada con llave, y hemos apagado las luces... solo queda cerrar la persiana, pero si alguien se da cuenta de que estamos aquí siempre podemos decir que estábamos... no sé, haciendo *algo* en el almacén.

Jon levanta las cejas y empieza a curvar los labios en una de sus sonrisas lentas que me vuelven loca.

—¿Haciendo *algo*? —pregunta, divertido.

Yo no me río. El calor se me extiende por el cuerpo, estoy húmeda y Jon, su cuerpo, sus músculos, su piel, están cerca pero no todo lo cerca que necesito.

Empiezo a desabrocharme lentamente la blusa, sin dejar de mirarle a los ojos. Cuando llego al cuarto botón y mi sujetador de encaje queda al descubierto se le borra la sonrisa de la cara y los ojos se le oscurecen de deseo.

Me mira la boca y un segundo después vuelvo a estar pegada a él y me besa, no como antes, no como el primer beso. Esta vez es salvaje, con lengua y movimiento de cabezas y sus manos levantándose el trasero para poder restregarme contra su erección.

Oh dios oh dios, es enorme.

Gimo dentro de su boca, y él hace lo mismo. El contacto de nuestras entrepiernas, aunque sea a través de la ropa, hace que me humedezca todavía más.

Me levanta como si fuera una pluma, enlazo las piernas alrededor de su cintura y me lleva hasta la pared sin dejar de sujetarme. Intento quitarle la camiseta mientras estoy en el aire, sin éxito. Necesito tener acceso a sus músculos, acariciarle, y lo necesito *ya*.

Al abrir las piernas la falda que llevo puesta se me ha subido hasta la cintura. Jon me empuja contra la pared y noto su erección en mi entrepierna, solo separada de mí por mis medias y sus

vaqueros.

Sigue moviendo las caderas en círculos mientras me besa, más bien me devora, nos devoramos, y pienso si es posible tener un orgasmo solo frotándonos, porque estoy al borde del delirio y todavía no nos hemos quitado ni una sola prenda de ropa.

Algo que pienso solucionar. En ese mismo instante.

Consigo separarme de su boca, no sin esfuerzo. Aprovecha para besarme, lamerme y morderme el cuello. Desata el resto de los botones de mi blusa.

—Camiseta, fuera —digo entre jadeos.

Me deja en el suelo y volvemos a estar en desequilibrio, a diferentes niveles de altura. En eso estoy pensando, en la logística, cuando se quita la camiseta y me quedo sin respiración.

No solo tiene más músculos de los que pensaba que existían en el cuerpo humano, también tiene los abdominales marcados como si fuese una tableta de chocolate. *Oh dios.*

Me dan ganas de ponerme de rodillas y dar gracias a quien corresponda.

Le ataco como si estuviese en el desierto y fuese el último trago de agua. Sus pezones quedan casi a la altura de mis labios y aprovecho para lamer, mordisquear, chupar... Jon apoya las manos en la pared y se le tensan los músculos de los brazos.

Estoy a punto de ponerme de rodillas —esta vez no para dar gracias, precisamente— cuando Jon se me adelanta.

Se pone de rodillas frente a mí, me levanta la falda y me baja las medias, deslizándolas por mis muslos. Me quita los zapatos y los deja a un lado, junto con las medias.

Pasa un dedo por debajo de mis braguitas de encaje.

—Dios, estás chorreando...

Me quita la prenda de ropa interior y noto el aire frío, en contraste con mi sexo caliente y húmedo.

Sin dejar de mirarme, pasa el dedo índice suavemente por mi clítoris y gimo un poco, bajito... dios, me está matando.

—Separa las piernas... eso es, un poco más. No sabes la de veces que me he imaginado esto.

Yo también, más de lo que es estrictamente saludable, pero no lo digo. Introduce un dedo suavemente dentro de mí, sin ningún esfuerzo.

Levanta la vista y pregunta:

—Y tú, ¿Lisa? ¿Tú has fantaseado conmigo?

No, solo todos los días a todas horas. Sobre todo antes de dormir, y en la ducha, y...

—Sí... —digo, y añade otro dedo más, y empieza a moverlos, entrando y saliendo dentro de mí.

—¿Sí? ¿Y con qué exactamente?

Trago saliva, y la voz me sale débil y entrecortada del placer.

—¿Por dónde quieres que empiece?

Mi recompensa es una risa grave, gutural, y Jon acelerando el movimiento de sus dedos.

Dios, he muerto y estoy en el cielo.

—¿Sabes qué va a pasar ahora?

Que me voy a desmayar, pienso.

—N-no —digo, casi sin voz.

—Te voy a comer el coño hasta que no te acuerdes de tu nombre, para que estés húmeda y lista para recibirme... y luego te voy a follar hasta que no puedas andar.

Vale, es *ahora* cuando me voy a desmayar.

Jo-der. No sabía que Jon podía hablar así. Con su pequeño discurso ha hecho que me

humedezca todavía más. Estoy chorreando.

Aunque por lo que he podido intuir, con el tamaño del asunto, lo voy a necesitar...

Pone una de mis piernas encima de su hombro y acerca los labios, la lengua a mi clítoris y empieza a darse un festín, no hay otra palabra: chupar, lamer, morder... mientras, sus dedos entran y salen de dentro de mí, mantienen el ritmo...

Empiezo a gritar desesperadamente, me agarro a su pelo y tiro de él, intento agarrarme a la pared... estoy aprisionada entre la pared y su boca, y su lengua maravillosa, y no ha pasado ni un minuto hasta que empiezo a convulsionar con un orgasmo que me deja exhausta.

* * *

SIETE

Sodavía no me he recuperado y estoy viendo las estrellas cuando Jon se sienta en el suelo, con la espalda pegada a la pared y las piernas extendidas, y me sienta encima de él, a horcajadas.

Se baja la cremallera de los vaqueros y su erección sale disparada. Me quedo mirando su polla, embobada. Es incluso más grande de lo que parecía a través de la ropa. Me paso la lengua por los labios.

—Joder... no tengo condones —dice Jon de repente. Me mira como si se hubiera acabado el mundo.

Me dan ganas de llorar, pero por otra parte sería rarísimo —y un pelín sospechoso— que se llevase un paquete de condones a trabajar.

—He tenido la misma novia durante un montón de tiempo, y no he estado con nadie desde entonces —dice.

Le creo, porque le conozco, y eso es una ventaja.

—Yo tomo la píldora —digo, zanjando el asunto. Pongo la mano alrededor de su sexo duro, caliente y pulsante y bajo lentamente sobre él... me la meto despacio, muy despacio. Es enorme, y no quiero hacerme daño: quiero disfrutar del momento.

No solo es la largura, es también la anchura: noto como mis músculos se ensanchan, como llega a todos los rincones.

Jon cierra los ojos y apoya la cabeza en la pared.

—Joder, Lisa.

—*Aaah*... —no puedo evitar gemir mientras entra poco a poco—. Ah ah ah...

Me acaricia con sus manos grandes, la cintura, las nalgas, los muslos.

—*Shhh*, despacio, eso es... poco a poco.

Me deja maniobrar, ir a mi ritmo. Es todo tan erótico que me muerdo el labio. Quiero sentarme de golpe, metérmela de una sola vez, pero quiero disfrutar de la experiencia lo máximo posible, no estar escocida.

Por lo menos no todavía. Escocida voy a estar igual, porque con semejante tamaño...

Me la meto por fin del todo, hasta el fondo, y sin poder evitarlo echo la cabeza hacia atrás mientras exhalo un gemido largo.

Noto la lengua de Jon en mis pechos.

—Eso es... hasta el fondo, muy bien... ¿cómo te sientes?

Me enderezo con dificultad, y miro a Jon lamer y mordisquear mis pezones. *Oh dios*.

—Me siento... —apenas puedo hablar. Tengo la respiración entrecortada—. Me siento llena, llena... dios, es enorme...

Levanta la cabeza para sonreírme con una de sus maravillosas sonrisas.

—Y toda para ti.

Quiero empezar a cabalgarle, pero todavía estoy acostumbrándome a la invasión.

Estoy llena, deliciosamente llena. Consigo subir y bajar con esfuerzo, lentamente al principio, acostumbrándome a su polla enorme. Enseguida empiezo a subir el ritmo.

—Eso es así, fóllame tú... —dice.

Sigo subiendo y clavándome en él en cada bajada, despacio, gimiendo, disfrutando.

Cuando Jon no puede más me agarra de las nalgas y me sube y baja sobre él, a toda velocidad, penetrándome una y otra vez, levantándome y soltándome de golpe.

Solo se oye el sonido de nuestros cuerpos húmedos chocándose y mis jadeos.

Me agarro a sus hombros, enredo las manos en su pelo.

—Jon.. Jon no puedo más... es demasiado, es...

Echo la cabeza hacia atrás, incapaz de soportar el placer.

—Córrete otra vez —me ordena, a la vez que tira de uno de mis pezones con los dientes, y es como si un interruptor generase una corriente eléctrica por todo mi cuerpo. Empiezo a gritar mi orgasmo, tan intenso que me sorprende hasta a mí, sacudiéndome hasta la planta de los pies, el mejor que he tenido en mi vida.

CUANDO VUELVO EN MÍ —creo que hasta he perdido el sentido unos instantes— Jon está sonriendo, satisfecho de sí mismo.

También me doy cuenta de que sigue duro dentro de mí, como un hierro al rojo vivo. Sale de mí lentamente y se me escapa un gemido.

—Vas a acabar conmigo, Jon.

Me levanta y me da la vuelta, poniéndome contra la pared. Me susurra al oído con voz ronca:

—Todavía no he terminado.

Alarga la mano y coge de un rincón del almacén un escalón, una especie de taburete bajo y ancho que Maggie y yo usamos cuando un cliente nos pide algo de las baldas superiores de la tienda.

—Sube —me dice.

Pongo los pies encima del taburete bajo y apoyo las manos y los antebrazos en la pared.

Supongo que es para salvar la diferencia de altura, porque de repente le noto detrás de mí y estamos perfectamente alineados.

—Eso es... —noto la punta en mi entrada húmeda, y me la mete la polla de golpe, me penetra hasta el fondo en una sola embestida.

—¡Ah!

No puedo evitarlo y empiezo a gemir. Estoy llena, llena del todo, esta vez desde atrás. Llega más al fondo que antes todavía. Jon empieza a moverse y creo que me voy a desmayar.

Me da mordisquitos en la nuca, los lados del cuello, el lóbulo de la oreja, mientras gira las caderas.

No puede oírnos nadie, o eso creo, y he perdido todas las inhibiciones después de dos orgasmos, así que grito todo lo que quiero, como si me estuvieran matando.

— ¡Más más más adentrooooooooo! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—¿Te gusta? —pregunta Jon, innecesariamente, la verdad.

Flexiona las piernas en la subida y me penetra, llenándome con su sexo erecto, completamente, ensanchándome como nadie lo ha hecho nunca.

—Sí por favor, me encanta, dame más, más... más fuerte...

Se ríe en mi cuello, su risa recorriendo toda mi piel.

—Si te doy más fuerte te voy a romper en dos...

Pero lo hace. Me folla más fuerte. Aumenta la velocidad de las embestidas y me penetra una y otra vez, desde atrás, llegando hasta donde nadie había llegado nunca.

Solo se oyen nuestros jadeos y el ruido de nuestros cuerpos.

Pasa una mano por delante de mi cuerpo y con dos dedos sobre mi clítoris —y no necesita un mapa! ¡Milagro!— empieza a hacer círculos, lentos, mientras me mete la polla desde atrás rápido y fuerte.

Es demasiado.

—¡Me corro! ¡Me corro! —grito como si estuviera poseída.

—Espera, espera... espérame —sigue haciendo círculos con sus dedos, sigue penetrándome, fuerte, sin descanso, y no puedo más, no puedo esperarle, es imposible, el placer es demasiado.

—¡Jon! ¡Jon! —grito, mientras golpeo la pared con la palma de la mano.

El último orgasmo me sacude como si fuera un terremoto. Noto que Jon ha perdido el control, sujetándose ahora de las caderas con las dos manos y empujando con fuerza, embistiendo como si quiera clavarme a la pared, como si quisiera marcarme para siempre.

Y lo consigue, porque después de hoy, una polla normal nunca va a ser suficiente. ¿Qué puede superar a un gigante de casi dos metros lleno de músculos? Nada.

—¡Oh sí sí, joder joder! ¡Joder! —grita Jon, fuera de control.

Embiste dos, tres veces más, y se corre, se derrama dentro de mí, caliente, y casi se me doblan las piernas.

* * *

OCHO

Estamos en el suelo, desmadejados, yo solo con la falda puesta, la blusa abierta y el sujetador desabrochado, Jon con los vaqueros puestos pero abiertos.

Estamos todavía jadeando, intentando recuperarnos, cuando de repente noto que Jon se queda muy quieto.

—Uh-oh... —le veo mirar hacia arriba—. Creo que se ha grabado todo.

La verdad, me he olvidado hasta de mi nombre, como para acordarme de las cámaras que hemos puesto. De hecho, ni siquiera sé si las habíamos dejado grabando o no.

La idea de que todo lo que acabamos de hacer esté grabado en vez de ponerme nerviosa me pone a mil. Podría repetirlo en este mismo instante, si no fuera porque no me responden las piernas.

—El vídeo me lo quedo yo —digo, con la voz ronca de gritar. No es que que no me fie de Jon, pero solo con lo que hemos grabado tengo material para masturbarme el resto de mi vida.

—No me hace falta copia —dice Jon, sonriendo ligeramente— me conformo con que me lo dejes ver... de vez en cuando.

—Tengo otra idea mejor —le echo los brazos al cuello—. Podemos recrear el contenido del vídeo, en directo... también de vez en cuando.

Le sale una sonrisilla ladeada y me atrae hacia él, agarrándome de la cintura.

—También me vale.

Le devuelvo la sonrisa, y nos besamos, lentamente, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo y no estuviésemos semidesnudos en el suelo del almacén.

El día ha empezado fatal, pero no podía haber acabado mejor.

Ahora solo me queda saber cuándo se va mudar a mi habitación individual.

FIN

* * *

Si quieres más historias como esta, [sígueme en Amazon](#) y recibirás un aviso cuando publique mi siguiente libro.

ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia).
Nina escribe historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.

* * *

www.ninakleinauthor.com

ninakleinauthor@gmail.com

Página de Nina Klein en Amazon:

Amazon ES: amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2

Amazon US: amazon.com/author/ninaklein

OTRAS HISTORIAS DE NINA KLEIN

Trilogía “La fiesta de San Valentín”



No tener pareja el día de San Valentín no era gran cosa, o al menos eso pensaba Maya.
Peor que estar sola era tener que ir a una fiesta de San Valentín en la oficina... la idea más horrible que se le había
ocurrido nunca a nadie.
Pero todavía peor que eso era emborracharse con vino barato, tropezarse con el dueño de la empresa y dar la peor
primera impresión que una podía dar...

¿O no?

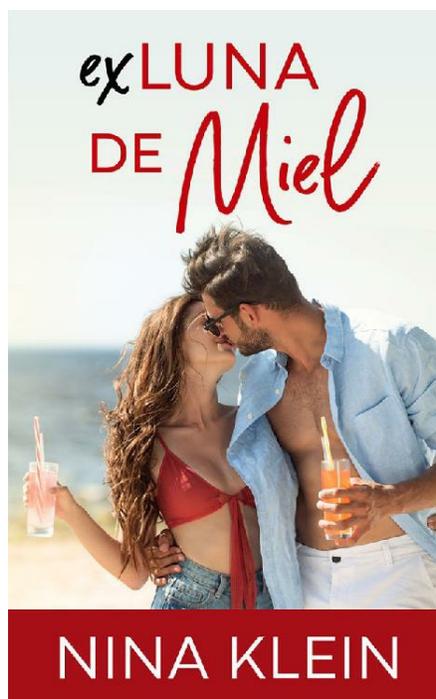
Todo lo que pasa en una fiesta de la oficina, se queda en la oficina...

O eso esperaba.

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

[Ex Luna de Miel](#)



Mi matrimonio había durado exactamente cuatro días. Bueno, cinco, si contaba el día de la boda.

Seguramente haya batido algún récord.

George, mi marido, me había abandonado aquella misma mañana para irse con una mujer que había conocido durante nuestra luna de miel.

Juro que no me lo estoy inventando. Parece increíble, pero allí estaba, en un *resort* de cinco estrellas en Aruba, con once días de luna de miel por delante. Sola.

Rodeada de parejitas felices por todas partes.

Así que decidí emborracharme. ¿Qué otra maldita cosa podía hacer?

Pero lo que no sabía, mientras ahogaba mis penas en *mojitos* en el bar de la playa, era que las sorpresas no habían hecho más que empezar...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

Todas las historias de Nina Klein:

SERIE "EL CLUB"

[El Club](#) (El Club 1)

[Una Noche Más](#) (El Club 2)

[Todos Tus Deseos](#) (El Club 3)

[Trilogía El Club](#) (El Club 1, 2 y 3)

[Llámame Amanda](#) (El Club 4)

[No Eres Mi Dueño](#) (El Club 5)

TRILOGÍA “LA FIESTA DE SAN VALENTÍN”

Romance en la Oficina (La Fiesta de San Valentín 1)

La Jefa (La Fiesta de San Valentín 2)

Una Mujer de Mundo (La Fiesta de San Valentín 3)

Trilogía La Fiesta de San Valentín

HISTORIAS INDEPENDIENTES

Ex Luna de Miel

Noche de San Valentín

El Regalo de Navidad

Noche de Fin de Año

Game Over

El Profesor, La Tienda (Dos historias eróticas)

Alto Voltaje - Volumen 1 (Recopilación de historias eróticas)

* * *